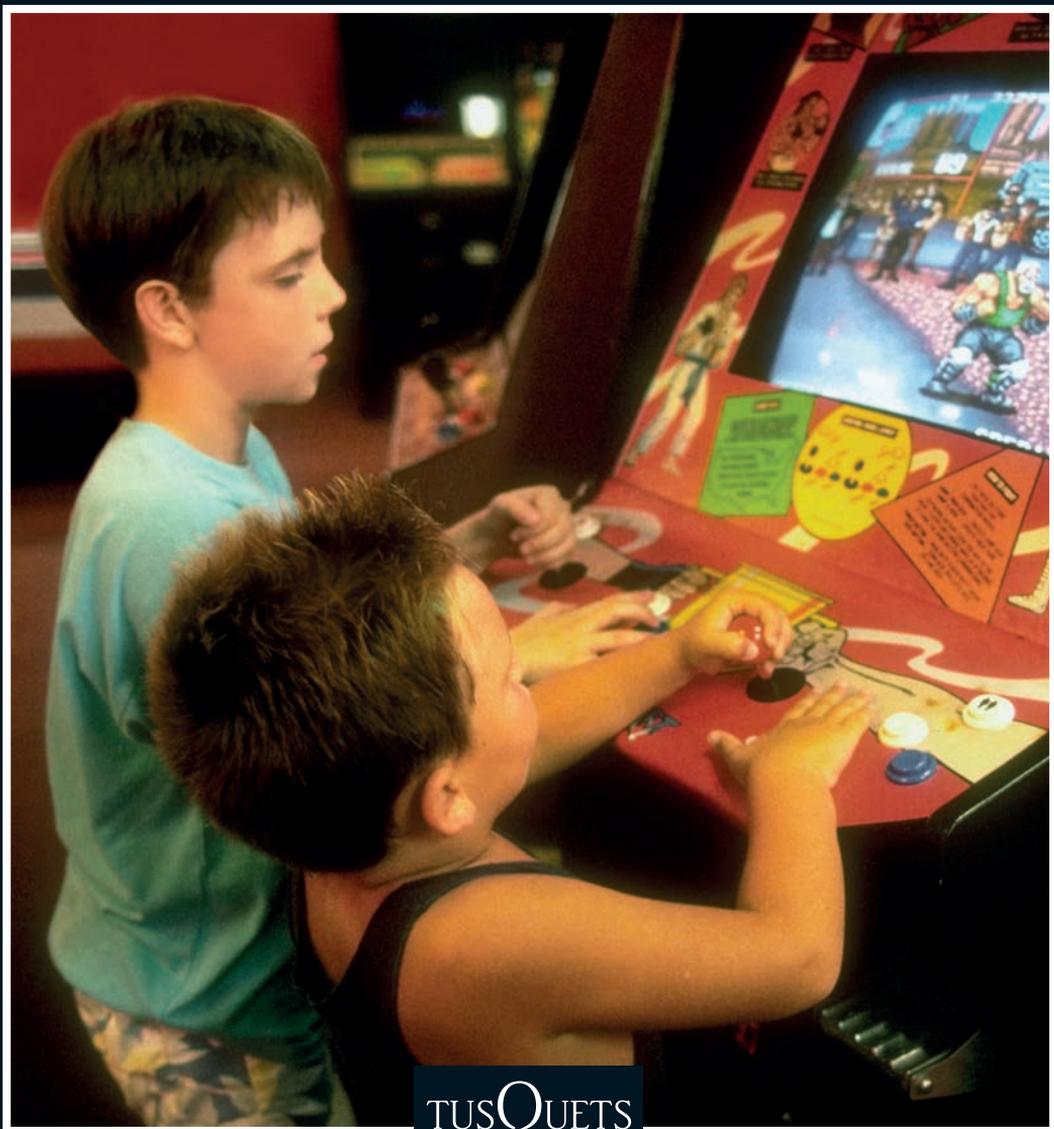


# Daniel Ruiz

# MOSTURITO

*colección andanzas*



DANIEL RUIZ  
MOSTURITO

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2024

© Daniel Ruiz García, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-397-4  
Depósito legal: B. 2.084-2024  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Índice

|   |     |
|---|-----|
| Primera parte: Los niños malahora . . . . . | 13  |
| Segunda parte: Llamarme Mostu. . . . .      | 91  |
| Tercera parte: Los curetas . . . . .        | 137 |
| Cuarta parte: La novia del Zurdo . . . . .  | 183 |
| Quinta parte: El Hijoputa . . . . .         | 231 |

La Tata me dice siempre que no salga. Que si salgo vuelva pronto, que no mentretenga, y que no me deje ver así, mucho.

La Tata es gorda y tiene los dientes grises, de tanto fume-te o de tanto calimocho, yo no sé.

Se rasca el culo grasiento por debajo la falda y a veces la tela se sube y se le ve la piel con grumos, como una tortilla mal hecha, como la parte de arriba de las natillas cuando la Tata las hace.

Está todo el día fumando, la Tata, y las paletas las tiene grises como la pared en la que jugamos al frontón o al cielo cielo voy o al trompo o de vez en cuando al fútbol, aunque el fútbol a mí como que no.

No tentretengas, sielo, me dice, viendo la telenovela y fumando, los brazos con mucha carne como si llevara un chaleco color piel que le estuviera muy grande.

Yo bajo a la calle y paso por el descansillo del segundo tela de rápido, con miedo del segundo A, donde vive la Cisca.

Llevo los cinco duros pa comprar dos escalofríos, orozú negro, un Kojak y lo que sobre en gominolas.

Voy con la cabeza baja pa que no me vea nadie, y nada más salir, vaya corte, la Estrella y la Noemí con el Domund.

Así que salgo del portal pero en dirección contraria, pa

que no me vean la Estrella y la Noemí, que van con sus faldas escocesas del Portaceli, y con sus huchas blancas con la cruz, recogiendo dinero pal Domund.

La Estrella me gustaba tela, pero eso era el año pasado, cuando ella todavía estaba en el Aníbal González, mi cole, antes de que se fuera al Portaceli. A la Noemí la conozco porque la madre es amiga de una amiga de la Tata, y alguna vez ha venido con ella a casa.

Vinieron un día con otras mujeres a casa pa un taller de Cristian Lay, porque la madre de la Noemí y la amiga de la amiga de la Tata venden potingues. Estuvieron toda la tarde en casa, dándoles palique a unas cuantas vecinas, pero yo creo que se comieron los mocos, que sacaron una miseria. Con la Tata desde luego seguro que ni una perra. No he visto casi nunca pintada a la Tata. Con la Tata solo harían negocio si le vendieran calimocho o Winston de contrabando o como mucho fajas XXL de color carne, como las que ella usa.

La Estrella sa hecho amiguita de la Noemí, ahora son juntaña, a mí me da igual, eso sí, qué vergüenza si me ven, así que tiro pal otro lado, rodeando los soportales.

Pero al final es mucho peor. Porque al darle la vuelta al soportal, a la altura de Mariscos Emilio, me encuentro namentos que con el Ponce. Está con dos o tres, creo que uno de ellos es el Villegas. Y me ven de lejos y me dicen ira el mosturito, ira el mosturito.

Echo a correr. Pero con la mierda las botas ortopédicas enseguida me cogen. El Ponce mace una zanca y caigo palante, y al caer siento dolor fuerte fuerte en las rodillas y también en las manos. Las manos están arañadas y empiezan a doler, pero lo que más me duele no es eso sino

Levanta  
sino

Enga mosturito levanta  
sino que el Ponce magarre delante del Villegas y me tire  
del jersey parriba y me diga ira, ira el mosturito.

De dónde has salío, mosturito.

De qué jaula tas escapao, mosturito.

Dejarme en paz, les digo, irse a la mierda, pero ahora no  
es el Villegas sino el Ponce, que sin más historia me pega un  
bofetón, mempuja, me dice

¿No llevas moni, no?

¿Tú no llevas moni?

No sé si se lo doy yo o directamente me larranca del bol-  
sillo. La cosa es que la moneda de cinco duros pa orozús y  
escalofríos la tiene él ya en la mano. El Ponce, digo, porque  
el otro todavía tiene tiempo de endiñarme otro guantazo, y  
después mempuja y me tira al suelo.

Muchas gracias, mosturito.

Eso dicen, antes de darse la vuelta y marcharse pa su puta  
madre.

Me acuerdo de la Tata, claro. Me acuerdo de lo que me  
dice siempre, de que no salga, que tenga cuidado con la  
gente mala. Con la lengua me sorbo el labio pensando que  
son mocos pero hay un sabor como a jierro y me llevo la  
mano a la nariz y estoy sangrando.

Verás cuando se lo diga a la Tata, pienso. Pero sobre todo:  
a ver cómo llego al portal sin que me vean la Estrella y la  
Noemí.

Ay mi sielo, dice la Tata. Ay qué tan hecho. Se van a enterar con su puta madre, y tira pa la cocina y yo le digo Tata, tranquila, te se va, te se va. Que no, que los mato, malnacidos, hijosputa.

La Tata se mueve con sus natillas grumosas y sus brazos de masa de pizza, cuando compra la masa de pizza y ella amasa con el rodillo y está así, enorme y gorda, como sus brazos.

Me coge y me lleva al baño y yo solo tengo ganas de llorar y quiero decirle déjame gorda déjame coño ya pero maguanto, porque también lloro por el dolor, sobre todo en las rodillas y en las manos, las manos incluso duelen más.

La Tata abre el mueble de espejo que está encima del váter y mecha agua oxigenada y entonces es cuando veo las estrellas, cagon tu madre, Tata, cagon tu putamadre, lo pienso pero no lo digo, porque su madre es mi abuela aunque yo no la conociera.

Se van a cagar esos hijosputa, me dice, y no le echado cuenta porque estaba soplándome en las heridas pero ahora la veo volviendo de su cuarto y me doy cuenta de que lleva el bate de béisbol, el de aluminio que no me deja cogerlo pero ella bien que lo guarda en el ropero por si las moscas.

Que un día en el conjunto 9 un ladrón se coló por el ojo

patio y una vecina fue a mear y cuando se sentó en el váter vio movimiento, una sombra, y descorrió la cortina de la bañera y ahí estaba el nota, cabía entrado a robar.

La del conjunto 9 dice la Tata que se quedó con el pelo blanco blanco de un segundo pa otro, en dos minutos estaba con el pelo más blanco que todas Las chicas de Oro juntas.

Desde ese día la Tata se guardó el bate que me lo había regalado el papa una Navidad cuando el papa todavía venía y yo creía que los Reyes Magos no eran el Pryca ni el Cortinglés sino tres notas con coronas que venían de tela de lejos, na menos que de Oriente.

Se van a cagar, dice la Tata, y con el dolor de la mano no la veo venir con el bate y me dice enga tira, mi sielo, vamos a buscar a los que tan hecho eso.

Pero qué vergüenza si después de la paliza ahora me ven la Noemí y la Estrella, sobre todo la Estrella, y encima con la gorda de la Tata, así que digo no, ni de coña, yo no bajo, ya no van a estar. Pero la Tata es fuerte, y no hay forma de evitar sus manos, son como enormes filetes, o mejor como chocos gigantes, anda tira pabajo que van a ver esos.

No me gusta bajar por el ascensor porque igual se para en el segundo y se sube la Cisca y entonces fijo que las cuerdas del aparato se rompen y salimos en la tele. Tampoco me gusta y nunca lo paro si viene del quinto, porque igual el Morales va dentro y me pone la mano en el hombro y me dice vaya el muchachito lo grande que está. El aliento del Morales es pestoso como una esquina meada y tiene unos ojos que te miran raro y me parece muy chungo, de película chungu de zombis y sicópatas. Pero la Tata no puede bajar si no es en el ascensor. Va encabroná la Tata mientras bajamos, menos mal que somos solo dos, y se mira en el espejo, sa puesto el chándal rosa fosforito pero debajo del chándal

solo lleva el sujetador. Y baja con las chanclas, no sa calzado ni los botines.

Mi sielo, a ti no te toca nadie. Qué tan dicho. Qué tan dicho.

Ella ya lo sabe: lo de siempre, mosturito, contrahecho, carastrujá.

Me vi a cargar a esos, los que hayan sido. Quiénes son, quiénes son.

El Ponce, el Villegas, al final tengo que decírselo, porque la Tata magarra fuerte fuerte por el cuello, estrujándome, obligándome a que lo suelte.

Así que sale del ascensor y de frente está la Vicenta, que viene del Spar y que lleva el carro la compra. La Vicenta nos mira con sus ojos grandes y con su cara de pasa arrugá y pregunta dónde vais tan rápido, por dios la vigen. Hola, Vicenta, contesta rápido la Tata, ilos niños malahora! Y marrastra del brazo como si fuera un teleñeco, un muñeco de trapo.

Sale del portal con una mano agarrada a mi brazo —Tata, no aprietes, me duele— y en la otra lleva el bate de béisbol.

Me gagon vuestras madres, ¿andestán, Periquillo, andestán?

Perico me llamaba la mama, este niño el papa, Periquillo solo me llama la Tata. O también mi sielo, pero más bien Periquillo, salvo cuando senfada, que me grita y me dice Pedro Gotor Fernande, que es mi nombre completo, solo que sin la zeta final. El único que me llama Pedro es el Michi, porque también el Carni me llama Periquillo, se lo escuchó a la Tata un día y ya no se lo quita de la boca. La Cisca del segundo A me llama Periquín. Ay, Periquín, que tescucho, dice, cuando le chisto porque no me deja dormir con su radio en directo.

Al Carni se lo dicho, quillo, testás pasando, no me llames más Periquillo, pero con la Tata es distinto, cualquiera le dice algo. Así que cuando sale con el bate del portal y están allí la Estrella y la Noemí lo que me avergüenza no son los gritos ni la pintarraca de la Tata ni que lleve un bate de béisbol, sino lo de Periquillo. ¿Andestán, Periquillo? Pero yo magacho, meto la cabeza padentro y la Tata echa a andar pal puesto la Encarni.

Baja el volumen, por favor, le digo.

Un carajo vi a bajar, ¿andestán, Periquillo, ande, ande?

No quiero verlos. Están allí, al fondo, fuera del quiosco, seguro que ya san gastao mis cinco duros. Perro Ponce, maricón Villegas, los quincos al fondo, detrás de los coches.

Espero que la Tata no los vea. Pero una cosa es que yo lo espere y otra que de verdad ocurra.

Una mierda pa Uri Geller y las cucharas. Una mierda pal poder mental, aunque yo lo haya intentado. Pensar en que algo no ocurra con todas mis fuerzas y que ese algo al final no pase, o al contrario: mirar el bote de Nocilla y pensar muy concentrado que el bote se va abrir y al final se abre por mi poder mental.

Nasti. Porque he pensado: que la Tata no los vea. Que la Tata por dios los clavos de Cristo no los vea. Pero mojón pa mí. Porque los ha visto y ma soltao la mano y ha dicho niños malahora, ahistán los niños, y sapuesto a correr y a la cuarta zancada la babucha izquierda ha salido volando como un pájaro asustao y la visto con sus lorzas arriba y abajo como si estuviera arrastrando un abrigo de carne de mil quilates.

¡Os arranco la piel!, está diciendo, mientras corre como un gran trol del tesoro hacia el puesto la Encarni y no miro atrás pero estoy seguro que la Noemí y la Estrella con su falda del Portaceli y su hucha del Domund están mirando y diciendo vaya loca, además estoy pendiente de los movimientos del Ponce y del Villegas, que al principio se ríen, pero después salen corriendo y la esperan al otro lado de la rampa del garaje de los bloques de los Zeus. Lastán mirando, y hasta la Encarnita la del puesto ha salido, y una mujer con bolsas sale del Spar y también mira, y todo el barrio seguro que está asomado a la ventana, y la Tata que ya no puede más y se para pero no deja la burrería.

¡Me cagonvuestrós muertos! ¡A mi niño ni un pelo!

Parece que le va a dar algo.

¡Niños con vuestra putamadre!

Tata, tranquila. Tata, por dios.

Ira la gorda.

La tía del mosturito.

La Tata agarra el bate con las dos manos. Los está viendo, al Ponce y al Villegas, detrás de la rampa del parking. El hijo-puta del Ponce está tomándose un orozú rojo. Se está riendo.

Tata, por dios. Tata, contente.

Ira la gorda.

La del mosturito.

Que agarra fuerte el bate.

Que empieza a golpear el capó de un coche gris que está aparcado.

Que después le rompe los cristales.

Que no para hasta que la Encarnita y la Flores y otras vecinas por fin la sujetan por detrás y le retienen el bate y ella sigue gritando y tranquila, Tata, por dios Tata, tranquila.